

SON tres días de arena, de sol, de canto, de simpedados, de medallas, de velas, de promesas, de borracheras, de comuniones, de tazas de caldo, de salvés, de noviazgos, de sombreros de ala ancha, de caballos, de cohetes, de carretas, de bengalas, de confesiones, de peleas, de risas, tres días de Rocío. Por los pinares de Aznalcázar, por la Raya Real, por el camino de las Cigüñas, bordeando el área desmilitarizada a la contaminación del Coto de Doñana, o por la carretera de Sevilla a Huelva, doblando desde La Palma del Condado a Bollullos y a Almonte, todos los que tenían que llegar han ido llegando al Rocío, unos cumpliendo el rito de la carreta y el caballo, otros en coche.

Ya están todos allí, de romería. En la mayor, más conocida, más tónica, más vapuleada, más ignorada, más elogiada, más influyente romería de las tierras andaluzas. Es el sábado de Pentecostés. El domingo se lo pasarán bailando, comiendo, bebiendo, dando vivas a la Blanca Paloma, rezándola en el santuario. Por la noche, los pueblos rivalizarán en la cohería del rosario. Pero la gran explosión de fe, de superstición, de religión, de magia, de folklore, todo en una pieza, no será hasta el lunes por la mañana, cuando los almonteños salten la verja de la capilla y saquen en procesión por

los arenales de la aldea a la Virgen del Rocío, una talla gótica datada hacia finales del siglo XIII, que recibe un singular culto en ciudades y pueblos de Sevilla, de Cádiz, de Huelva, o por parte de ciertas comunidades de andaluces emigrados a Madrid o a Barcelona.

Para que Javier Aguirre pudiera sacar en «España insólita» la casi grecorromana pugna de los almonteños por llevar a la Virgen; para que el Ministerio de Información y Turismo haya declarado la romería fiesta de interés turístico; para que el cine autárquico de la posguerra llevara allí a Juanita Reina, haciéndola cumplir para el celuloide la misma promesa que Pérez Lugín había imaginado para la «zoñita Esperanza» en su típico relato; para que los señoritos de Jerez se hayan apuntado a algo

que es del pueblo; para que las discográficas hayan colonizado el débil mercado andaluz con **long-play** y **singles** que cantan el puente del Ajolí hecho de palos «podrios» y el río Quema; para que el Rocío, como la Feria de Sevilla o los míticos cantos de don Antonio Chacón, haya pasado a ser moneda de curso legal en la que fuera acuñada la cara oficial de Andalucía, ¿qué ha ocurrido?

Pues, sencillamente, que se ha operado un proceso colectivo de auto-complacencia que ya comienza a entrar en barrena. Pues, sencillamente, ha ocurrido que toda una región (la llamada Baja Andalucía) se ha apropiado de la romería local de un pueblo (Almonte), a la que ha sobrepuesto, algo así como en el cartón-piedra de los decorados de patios y rejías para representación de sainetes

de los Quintero, toda una mitología folklórica de la que sus protagonistas se muestran bien orgullosos.

De pueblo a región

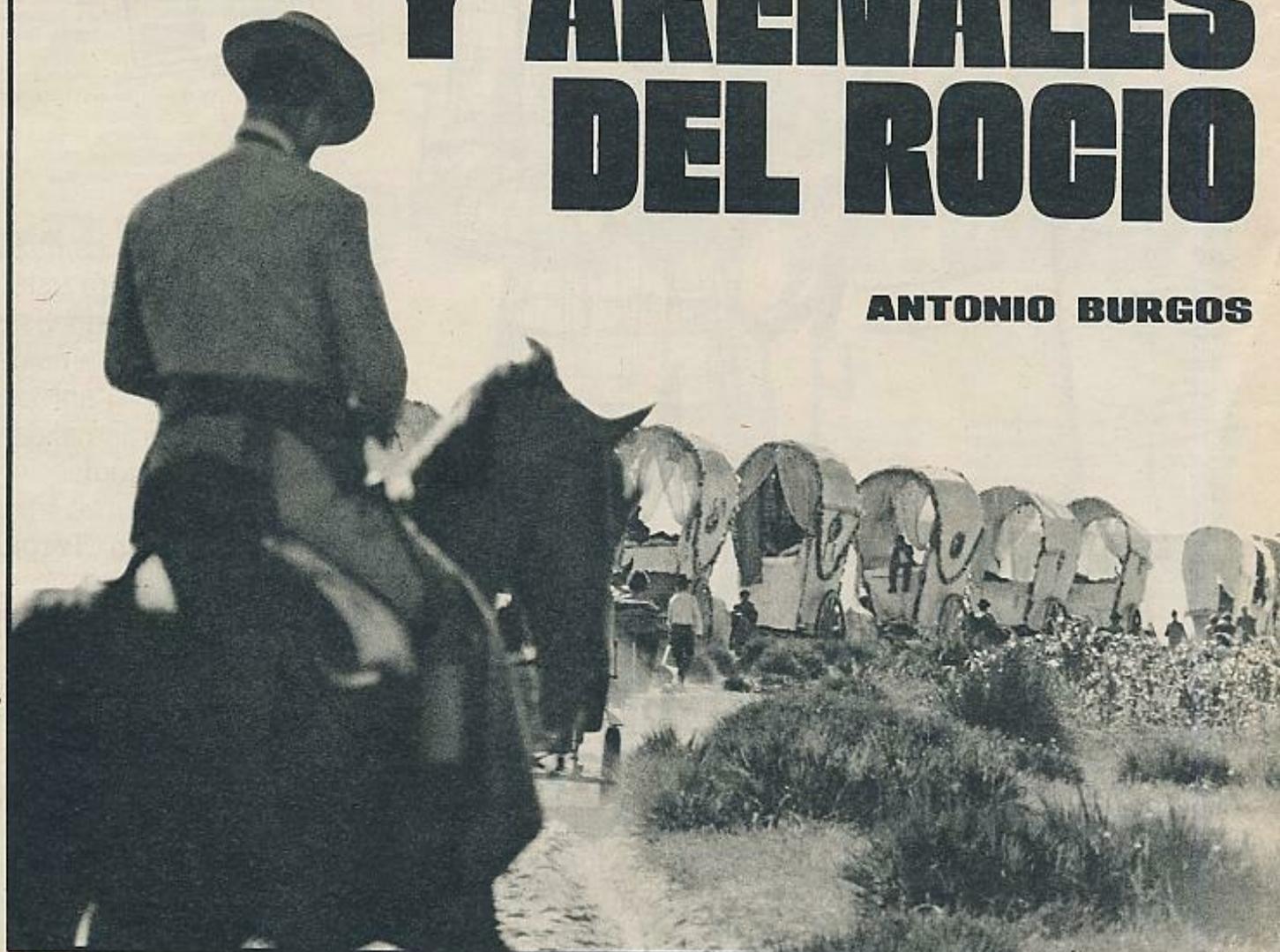
La leyenda afirma por sevillanas que...

... La Virgen del Rocío no es obra humana. La bajaron del cielo una mañana.

Hay que empezar por decir que esta leyenda la fomentó en gran parte desde sus artículos en «El Correo de Andalucía», de Sevilla, y «El Debate» madrileño de don Angel Herrera Oria, un fandanguero canónico de Sevilla, don Juan Francisco Muñoz y Pabón, autor de celebradas novelas y sainetes de presuntas costumbres andalu-

LEYENDA Y ARENALES DEL ROCÍO

ANTONIO BURGOS



zas, quien asumió hacia los años diez el papel de ejecutivo de relaciones públicas de la romería de Almonte. En estos años aún no se ha erigido Huelva como sede episcopal, y todos los asuntos religiosos son dirigidos desde Sevilla, lo que habrá de influir no poco en la apariencia folklórica de la fiesta. Muñoz y Pabón verá culminado su sueño cuando, en 1919, el cardenal de Sevilla, arzobispo Almaraz, coronó a la Virgen en el Rocío. Con las bendiciones de la Iglesia a algo que siempre ha tenido una leyenda con la gama cromática de lo prohibido (del verde al negro, que es como se llama en Sevilla al vino tinto), la pelota estaba ya en marcha, y con los años se habría de convertir en alienador alud andaluz. Porque en 1918, refiriéndose a la maniobra cívico-religiosa de la coronación, en lo que suponía de reconocimiento oficial de la fiesta, el mismo Muñoz y Pabón, que había nacido en Hinojos, un pueblo muy cercano a Almonte, escribía: «La pelota está en el tejado».

Con la coronación, las leyendas rociaras empezaron a circular en un más extenso ámbito. Es la clásica historia española de la aparición: que si un pastor, que si un árbol, que si una imagen oculta, que si un resplandor. Las reglas de la Hermandad Matriz de Almonte relatan así, cuando son redactadas en 1758, indudablemente por algún clérigo, aquel hecho, que todos sitúan en el siglo XV (1).

«Un hombre que o apacentaba ganado o había salido a cazar, hallándose en el término de la villa de Almonte, en el sitio llamado La Rocina..., advirtió en la vehemencia del ladrido de los perros que se ocultaba en aquella selva alguna cosa que les movía a aquellas expresiones de su natural instinto. Penetró, aunque a costa de no pocos trabajos, y en medio de las espigas halló la imagen de aquel sagrado Lirio intacto de las espigas del pecado, vio entre las zarzas el simulacro de aquella Zarza Mística ileso en medio de los ardores del original delito; miró una imagen de la Reina de los Angeles de estatura natural, colocada sobre el tronco de un árbol. Era de talla, y su belleza peregrina...».

Esto es, la clásica tradición religiosa local que hizo que la villa de Almonte levantara una ermita en el Cazadero Real de las Rocinas, donde cuentan que iba de montería Alfonso Onceno. La del Rocío, durante mucho tiempo, no fue, pues, más que una romería local, que —como todas las de España— tuvo cierta repercusión en la comarca, lo que llevó a que, en el siglo XVII, se fundaran hermandades filiales de la Matriz de Almonte en pueblos del antiguo reino de Sevilla, cercanos a la ermita: Villamanrique de la Condesa, Pilas, La Palma del Condado, Moguer, Sanlúcar de Barrameda. Esta romería local tenía un esquema litúrgico que en poco se diferencia del actual: llegada de las her-

mandades en carros y acompañadas de caballistas, llevando cada una el simpecado, que es un estandarte con una reproducción de la imagen de la Virgen; diversos cultos en la ermita, que culminaron, a finales del siglo pasado, con el rosario de la noche del domingo y la procesión de la mañana del lunes, aparte del cante y del vino ligados a todas las romerías del mundo, todo muy en el espíritu de la Iglesia de Trento.

En el siglo XIX siguió extendiéndose la devoción a la Virgen y la afición a la romería rociara de Pentecostés, y se fundaron más hermandades, en Triana, Umbrete, Coria del Río y Huelva, ésta a los pocos años que hubiera adquirido capitalidad provincial, tras la división administrativa de 1833. Triana había entrado en la fiesta...

El Rocío según Triana

Al entrar Triana en esta rueda, todo cobró otro ritmo. Hay en los devotos de la Virgen del Rocío un sentido misionero, que aún subsiste, de propagar este culto a todo el mundo. Si por ellos fuera, vendría una hermandad a la romería desde Hamburgo, ya que allí también habrá andaluces. Recuerdo un Rocío en que un señor ya mayor, de un pueblo de Huelva, repartía unas estampas de la Virgen en cuyo reverso venía un calendario hasta el siglo XXI, con la indicación de cuándo caería cada año el domingo de Pentecostés:

—Tome, para que después de que yo me muera sepa usted cuándo cae el Rocío.

No es que repartieran calendarios-estampas, pero los trianeros hicieron suyo el Rocío y lo llevaron hasta Sevilla, como ellos llaman a la parte de la ciudad que queda en la margen izquierda del Guadalquivir. Con la llegada del Rocío a Sevilla, de fiesta local comenzó a convertirse en romería regional, no ya por la extensión geográfica, sino por el aditamento —quizá superfluo— de los más señalados atributos del andalucismo oficial y típico. Mientras que desde los pueblos huelvanos iban al Rocío los braceros del campo, los pequeños artesanos locales, para ir desde Triana hacía falta tener tiempo libre para perder una semana en el camino, del jueves antes de Pentecostés al jueves después; dinero para montar y adornar una carreta y alquilar un boyero; criados para que guisaran y sirvieran en los campamentos nocturnos de Gelo, Palacio, los cortijos donde se hacía y se hace noche durante el itinerario, y en la aldea, quizá, una cama donde cobijarse para evitar las incomodidades del comunal patio de la hermandad, donde quedaban las carretas.

De esta forma, algo que en su origen era del pueblo, se aristocratizó. Si no en su realidad, al menos en su mito y en su repercusión pública. Como con el espíritu propagandista que los caracteriza, los rocieros de Triana empezaron a hablar de la romería,

de lo que allí ocurría, un milagro de fe y de folklore, pronto acudieron pintores, músicos, gente de escritura, personajes de la situación que fuera. Y estos distinguidos visitantes no conocían, durante su estancia en la romería, el democrático Rocío de los carros de Villamanrique y los toldillos de Moguer, sino el Rocío de señores de Triana. En parte, los que así obraban lo hacían para que todos se dieran cuenta de lo que eran y de lo que representaban en la región. El Rocío, como queda dicho, había pasado de ser fiesta local a convertirse en romería de toda la Andalucía Occidental. Muchos estaban empeñados en que la apariencia de la fiesta fuera la de la región misma: la de unos pocos que lo tienen todo y el resto, el pueblo, que depende de ellos. El esquema conocido que en la sociedad y en la economía determina el régimen de posesión de la tierra se trataba de repetir en los arenales: unos señores que ocupan los cargos en la junta de gobierno de la hermandad, que tienen casa propia en el Real del Rocío, que hacen el camino por todo lo alto, con abundante costo, que llevan artistas contratados para que animen la fiesta, y un pueblo que le da su verdadera dimensión a la romería, que saca a la Virgen el lunes, pero que tiene que acampar como pueden por los eucaliptos, que no tiene carretas costeadas, sino carros, que no lleva trajes típicos cortados por sastres y modistas especializados, etcétera.

La época de oro

Porque, a todo esto, el Rocío era algo materialmente inaccesible. Situado como está en una zona de marismas, lindero con el Coto de Doñana (la reserva natural ahora amenazada por las urbanizaciones playeras que comienzan a cercar), para llegar allí no había otro remedio que literalmente echarse al campo, al camino, a caballo o en carreta, vadear ríos, tronchar caminos reales, atravesar bosques de pinos. Dos cosas sólo podían actuar como motivación ante tales indudables sacrificios: el ir o el volver. El pueblo sencillamente iba para ver a la Blanca Paloma y rezarla, para cumplir una promesa, para dejarle un exvoto en forma de figura de cera o cuadro popular representando la escena del presunto milagro. Los señores, en cambio, iban mayormente para que los vieran volver, cuando la hermandad, en procesión, entraba en Triana y toda la ciudad iba a verla llegar. Algunos —como ahora se alquilan caballos en la Feria de Abril sevillana para simular ante los directores de Bancó unas riquezas patrimoniales que no se tienen— arrendaban coches de caballos con los que subían por la cuesta del Caracol hasta Castilleja, para allí incorporarse al cortejo romero y hacer con él la entrada en la ciudad por la calle Castilla, sólo por que les viera la gente.

Esta perspectiva de los pocos que van y los muchos que les ven venir

—una repetición del esquema social de la Feria sevillana, donde los pocos son los que pasean a caballo y los muchos los que les ven pasar— se observa, como en un laboratorio, en «La Virgen del Rocío ya entró en Triana», novela póstuma de Alejandro Pérez Lugín, que apareció en 1929, rematada por un escritor andaluz, José Andrés Vázquez. En «La Virgen del Rocío ya entró en Triana», los arenales se han olvidado, pero se insiste en la leyenda de la romería. Toda la historia folletinesca se monta desde una perspectiva urbana, que es la que aún hoy en día sigue condicionando la imagen externa del Rocío. El esquema de la acción es una familia de la burguesía urbana, trianera y arruinada, cuyas dos hijas buscan amores al mismo tiempo que el modo de sacar la casa adelante. Una de ellas (María Jesús) acabará descubriendo la revolución industrial en una Andalucía agraria mediante su boda con Jules Raveñez, un ingeniero suizo que termina montando una fábrica de bronce artísticos en Triana, cuando el panorama fabril de la ciudad acaba en los mantones de las cigarrerías, en las cochotaponeras, en los empleados de la fábrica de tornillos. La otra protagonista rociara es Esperanza, que acabará casándose con José Antonio, un campero que viene del pueblo y que trabaja fatigosamente para poder adquirir el «status» de vida de los señores, como es ir al Rocío a caballo y comiéndose el mundo. De por medio, como fórmula útil de llegar a un final feliz en la novela y en el trozo de vida que refleja a modo de reportaje de los años veinte en Sevilla, está la peregrinación al Rocío, que se ve como algo muy lejano, sentimental y geográficamente, a donde sólo pueden ir, o bien los señores, o bien los que, sirviéndoles, entran en su órbita. Dando por válidos los esquemas rocieros de la topiguera novela de Pérez Lugín para la Andalucía de los años veinte, hay que reconocer que las más de las gentes en la romería se limitaban a ir a ver salir o llegar las carretas en el pueblo o la ciudad.

Uno de los que ven llegar las carretas a un pueblo es Juan Ramón Jiménez, que escribe así en «Platero y yo», una tarde moguerense entre 1907 y 1916: «Pasaron primero, en burros, mulas y caballos ataviados a la moruna y la crin trenzada, las alegres parejas de novios, ellos alegres, valientes ellas. El rico y vivo tropel iba, volvía, se alcanzaba incansablemente en una locura sin sentido. Seguía luego el carro de los borrachos, estrepitoso, agrio y trastornado. Detrás, las carretas, como lechos, colgadas de blanco, con las muchachas morenas, duras y floridas sentadas bajo el dosel, repicando panderetas y chillando sevillanas. Más caballos, más burros... Y el mayordomo —¡Viva la Virgen del Rocío!!! ¡Viva!!!— calvo, seco y rojo, el sombrero ancho a la espalda y la vara de oro descansando en el estribo. Al fin, mansamente tirado por dos grandes buyes píos, que parecían

(1) Las referencias históricas han sido recogidas de la obra «Rocío. La devoción mariana de Andalucía», de Juan Infante-Galán. Sevilla, 1971. Talleres de Prensa Española, S. A.

obispos con sus frontales de colorines y espejos, en los que chispeaba el trastorno de sol mojado, cabeceando con la desigual tirada de la yunta, el simpecado, amatista y de plata en su carro blanco, todo en flor, como un cargado jardín mustio».

De este carro juanramoniano a la carreta de plata lista para salir en un ferrnialcolor que habrá de exhibirse en una España de la posguerra, cercada internacionalmente y que se crece en sus mitos religiosos imperiales y antiguos, media la acuñación trianera de la leyenda de los arenales. Una cosa son estos antiguos carros de los simpecados, blancos y tristes como un coche fúnebre para atúdes infantiles, y otra cosa la carreta toda de plata, costeada en suscripción por los señores y quienes les sirven, adornada por los maricas de turno con lirios y amapolas o con las flores en las que el predicador de la novena haya encontrado ese año un mayor sentido bíblico, ya que existe una perfecta filatelia roclera que en los Salmos halla alusiones a las costumbres de la hermandad de Lucena del Puerto, o en el Génesis a la situación geográfica de la ermita y, por supuesto, que en los Proverbios a la leyenda de la aparición.

Unidas las tradiciones folklóricas de la ciudad y las costumbres festeras de los pueblos, aquéllas pudieran más que éstas. La época de oro de los años veinte, protagonizada por Triana y compendiada por Pérez Lugín en su invento narrativo, pasó como una apisonadora sobre el populismo del Rocío. Los carros pobres de los pueblos ya no contaron frente a «la carreta de plata que llevan los trianeros» y que estamos hartos de ver en documentales y tarjetas turísticas, y que Pérez Lugín —que, por cierto, es también el mitólogo universitario de «La Casa de la Troya» y el mitólogo taurino de «Currito de la Cruz»— describe así: «Sábanas blanquísimas sobre el toldo, y cubriendo los cañizos del interior, en forma de techo raso, cortinas de encaje arrancadas provisionalmente de las galerías y los alzapauos de las ventanas; muchos lazos de todos los colores, para sujetar donde hacía falta y adornar siempre; cadenetas de papel desde el arco delantero del toldo hasta el yugo de los bueyes, y éstos engalanados con los altos frontales típicos y las lujosas cintas de colores vivos. Las ruedas las blanqueó Setefilla con albayalde y cola».

Fósil de sí mismo, el Rocío ha mantenido la tradición de las carretas y de los carros. Poco importa que los discursos desarrollistas hablen de la mecanización del campo en Sevilla, en Cádiz, en Huelva, del aumento del parque de vehículos de turismo en Andalucía. Cuando sale una hermandad el jueves o el viernes antes de Pentecostés camino de la ermita, en el cortejo no forman más que caballistas y carros o carretas. Una ley no escrita prohíbe los motores de explosión. Aunque sea un lujo; aunque cada año

sea más difícil encontrar yuntas de bueyes y boyeros que los cuiden y manden, y carretas que alquilar; aunque el arrendamiento de la carreta, la yunta y el boyero cueste cerca de diez mil pesetas por los seis o siete días de la romería. Pero hay que seguir con la tradición cueste lo que cueste. Aunque en muchos pueblos quienes forman la romería tengan posibles, el hermano mayor habrá, en algunos, de continuar la tradición de dar de comer a todos durante el camino, de proporcionarles el costo: pollos, cabritos, sacos de papas y de arroz, el socorrido potaje de chicharros. Por algo ser hermano mayor es señal de bienestar económico. Y aquí vuelve a ocurrir lo de la posesión de la tierra o las ganaderías de toros bravos: algo que con mayor interés ansian los que recientemente han accedido a la fortuna. Sólo de esta forma puede explicarse que un año «El Litri» sea hermano mayor de Huelva y que algunos abogados con rentable bufete o algunos comerciantes en poco tiempo acaudalados hayan tenido como meta en la vida social ser hermanos mayores de la hermandad del Salvador, que se forma en 1951 en el margen izquierda del Guadalquivir y que tiene como denominación Sevilla, frente a Triana, de la que surgió tras una especie de cisma roclero de carácter local y a pequeña escala.

Se ha dicho que los coches democratizaron el Rocío. Hay que puntualizar que democratizaron la asistencia al Rocío, que es muy distinto. Porque

en las hermandades siguen mandando prácticamente los mismos, incluso con privilegios de familia que pasan de padres a hijos. Si vemos los apellidos de la actual junta de gobierno de la hermandad de Triana, quizá nos encontremos en los alcaldes de carretas, en los mayordomos los mismos apellidos que fundaron la corporación en 1813. En la romería el automóvil significa una opción frente a la costumbre y el tiplismo. Ya no hace falta ser señor de la tierra para tener caballos que montar; ya no hay que ser bracero de un pueblo del Condado o del Aljarafe para echar mano del carro de cada día o tirar con un burro por las trochas que se conocen como la palma de la mano. Cualquiera burgués de la ciudad puede acceder a los ámbitos de los señores y de los que, sirviéndoles, viven en sus tierras.

Hay constancia histórica del primer automóvil que llegó al Rocío. Fue el año de la coronación, en 1919; pero quien así llega no es un señor de la tierra. Es un médico, don Antonio Leyva, que cada año iba desde Sevilla como invitado en el coche de caballos de un ganadero, don José Anastasio Martín. Cuando don Antonio Leyva llega con su Ford al Rocío, el orden señorial ha comenzado a quebrarse. Al año siguiente serán los dueños de un comercio de tejidos de Sevilla, los Algarines, los que lleguen con un Hispano Suiza. Ha comenzado la cuesta abajo, como rodó la pelota de la leyenda típica. Cualquiera puede ya alquilar un taxi y acercarse hasta allí.

En Sevilla, movidos por la aureola típica de la fiesta, los corrales de vecinos se incorporan a su calendario folklórico de olvido del hambre. Tras las cruces de mayo el alquiler de un camión —que se adorna al modo de las carretas de los señores, igual que los primeros automóviles, recuerdan los últimos coches de caballos— centra el interés colectivo de la pequeña comunidad urbana, máxime si en ella tiene «status» de cortinas de cretona y cuplés en el lavadero algún marica.

Contra los primeros automóviles hubo las naturales protestas. Como las hubo cuando se hizo la carretera a comienzos de los años sesenta. Con los automóviles podía pasar. Hacía falta un buen vehículo para andar por los carriles de arena, muchas ganas de llegar al Rocío; había que buscar allí sitio donde pernctar o afrontar las incomodidades de quedarse al sereno. Pero con la carretera cualquiera podía llegar y, lo que era peor, volver en el día. En aquel año los hermanos Reyes, cantores áulicos de las tradiciones de Triana, dijeron señorialmente, recogiendo cuanto estaba en el ambiente:

**El que quiera ir al Rocío
que vaya por las arenas,
no vaya a ser tan malaje
que vaya por carretera.**

Los malajes, sin embargo, han aumentado sustancialmente de entonces acá, nutriéndose en parte de los antiguos detentadores del privilegio de asistir a la romería. El Rocío, según uno de sus más señalados exégetas, corre en los últimos años el peligro de la masificación.

Se ha dicho que los coches democratizaron el Rocío. Hay que puntualizar que democratizaron la asistencia al Rocío, que es muy distinto. Porque en las hermandades siguen mandando prácticamente los mismos...

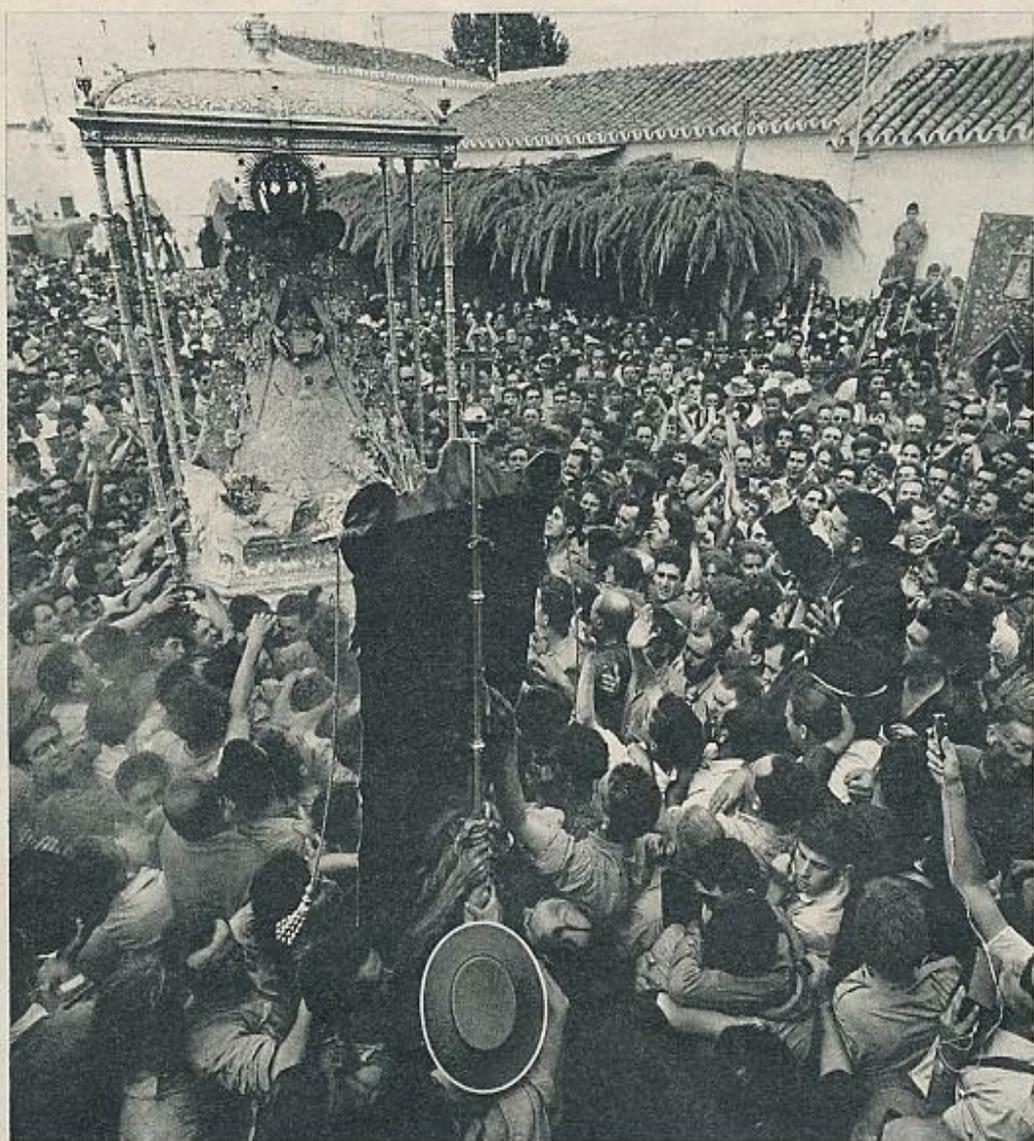


Los almonteños

A cambio del riesgo de masificación, el Rocío —junto con los toros, el cante y la Semana Santa— ha pasado a ser otro tópico andaluz más citable a la hora de hablar sobre la región. Antes el Rocío era una aldea de veinte o veinticinco casas surgidas en torno a la ermita, en las que malvivía una gente que trabajaba cuando podía en el campo. Ahora tendrá un censo de unos cien habitantes, con su escuela y un aceptable nivel de vida, gracias a los ingresos turísticos a nivel de subdesarrollo que proporcionan bien el alquiler de las casas a los romeros, mientras ellos se van a vivir en una choza los días de la romería, o bien de junio a septiembre a los veraneantes, aparte de cien pequeños negocios de comidas y bebidas surgidos en cualquier zaguan. De aquel Rocío de los arenales inaccesibles que Triana se encargó de universalizar hacia los años veinte, bien poco queda, al menos de sus incomodidades. El Rocío no es ya sino un núcleo aislado de población de un rico Ayuntamiento, el de Almonte, que tiene once mil habitantes y grandes extensiones de terrenos forestales del común. Ya no quedan balles del candil en la romería, porque hay

LEYENDA Y ARENALES DEL ROCIO

Vistos desde la espadaña de una casa de hermandad, parecen la bravia mar pequeña de una rada del Cantábrico. Chocan, avanzan, retroceden, se alzan, se escoran...



luz eléctrica. Son tópicos los excesos colectivos de los homosexuales en los días de la fiesta; pero también es conocida la vigilancia de la Guardia Civil —que tiene allí una casa-cuartel— y que cuentan que una vez los puso a todos en un camión a cien kilómetros de la ermita. El Rocío estaba antes cerca de las llamadas playas de Castilla. Sin haber cambiado de sitio, ahora queda a quince kilómetros de algo más rentable: la urbanización de Matalascañas, promocionada con capital extranjero. Gracias a los extranjeros —suizos por más señas, como el M. Revenez de Pérez Lugín—, los rociianos pueden alquilar sus casas no solamente durante las fechas de la romería (por lo que cualquier burgués de la ciudad les dará de siete a diez mil pesetas), sino también durante el verano, dada la cercanía de unas promocionadas playas que se extienden desde la desembocadura del Guadalquivir a la del Tinto y el Odiel.

Electrificado y con el asfalto junto a los arenales, el Rocío sigue cuidándose mucho de conservar sus leyendas y mitos. Cualquiera que tenga una moto o un «600» podrá ya observarlo, sin necesidad de llevar caballo

o carreta. Se intenta que todo siga igual a sí mismo, y en gran parte se consigue. El sábado, a partir del mediodía comienzan a llegar las carretas. Son treinta y tantas las hermandades que van haciendo su presentación en esa tarde ante la ermita, por orden de antigüedad. Aparte de las ya dichas pasan las que se fundaron a comienzos de siglo: San Juan del Puerto, Rociana, Carrión de los Céspedes, Benacezón, Trigueros, Gínés. Después pasan —siempre con su acompañamiento de caballistas, insignias, varas, simpecados, carretas y pareja de escolta de la Guardia Civil— las que se fundaron durante la Segunda República Española, a pesar del artículo 31 de la Constitución: Jerez, Dos Hermanas, Olivares, Hinojos, Bonares, La Puebla del Río, Bollullos, Par del Condado, Valverde del Camino y Gibralfuente. Después, las hermandades posteriores a la guerra civil: Espartinas, Sanlúcar la Mayor, Lucena del Puerto, Bollullos de la Mitación, Sevilla, Húévar, Aznalcázar, Puerto de Santa María, Madrid, Punta Umbría, Puerto Real y Barcelona.

Cuando hayan entrado todas, cada una se irá a su casa de la aldea. Allí

quedan las carretas, y acampan los que no tienen donde cobijarse. Los demás se irán a sus casas, propias o alquiladas. Y comenzará la fiesta. Que no es otra que la del cante, el vino y el baile, intercalados con visitas de rezos y velas a la ermita. Una *uvita*, le dirán a uno en cualquier casa, convidándole a una copa de fino, servida en cañera para cumplir con la tradición. Cuando haya en el ambiente más vino de la cuenta (lo normal es que todos tengan lo que allí se llama *medio vino*) y haya riesgo inminente de que dos o más lleguen a las manos, surgirá el grito conciliatorio:

—¡Viva la Virgen del Rocío!

—¡Viva!

—¡Viva esa Blanca Paloma!

—¡Viva!

Quizá los más devotos añadan un tercer grito al ritual de la amistad:

—¡Viva la Reina de las Marismas!

—¡Viva!

Y como es tradición responder a estos gritos con un «viva» entrecortado y sentido, en el comedio se asegurarán los ánimos, y allí no habrá pasado nada, y habrá quien escancie otra *uvita*. En cada casa se cantará, se bailará, se comerá, se beberá. A

veces, con las solas palmas haciendo el son. Otras, con una triste orquestilla de pueblo, o con una guitarra, o simplemente con el compás marcado por una caña de escobón a la que se han practicado unos cortes longitudinales que producen gran sonoridad al percutirla en su extremo inferior. Se irá a la casa de la hermandad tal, o a casa de don Fulano, siempre con el mismo rito. Y como telón de fondo, el «tan-tan» tercermundista del tambor y la gaita, tocando los tamboriles que lleva cada hermandad o cada señor pudiente sevillanas o fandangos, o claras músicas rituales, que se repiten a veces fuera de hora para lucimiento de los intérpretes: alba o diana, procesión, paso de carreta, ajolli. Las palmas y este «tan-tan» de las taboras (que se le mete a uno en los oídos de tal forma que sigue oyéndolo cuando la romería hace dos días que ha terminado y está uno de vuelta) lo impregnarán todo, junto al fino de La Palma, Bollullos o Villanueva del Ariscal, que será Tío Pepe o La Ina bien fríos en las casas de más tono, y de vez en cuando unas milagrosas tazas de caldo para tener en pie a jinetes e infantes y que nadie sabe

nunca a ciencia cierta de qué material cocina salen.

El domingo, junto al aluvión de los «malajes» que llegan por carretera aprovechando la fiesta (con la correspondiente «Operación Rocio», organizada por la Jefatura de Tráfico como romería del desarrollo), seguirá el mismo rito de la fiesta. A la noche, cuando los que tienen que trabajar el lunes («pobrecitos de ellos», dirá alguien) se han ido, y vuelven a quedar los cabales, es el rosario, cantado, itinerante, preconciando y adobado con las mismas coplas devotas de misiones, ejercicios espirituales y mes de María. A la puerta de cada hermandad, cohetes y ruedas de fuegos artificiales, en las que se pone de manifiesto toda la tradición morisca de la pólvora en los pueblos del Aljarafe, la comarca de los toros de fuego y los incíviles petardos rabones para las grandes fiestas. Cada hermandad va con su simpecado, con varas los hermanos y hermanas principales, todos vestidos de corto o de flamenca, el pueblo llano, con velas dispuestas con un papel de periódico a modo de fanal. Bajo la luz de las bengalas van recorriendo el Rocio, mientras sigue sonando el «tan-tan» de los tamboriles. Es cuando se cantan las coplas que se sacó de la bocamanga de su sotana el canónigo Muñoz y Pabón:

La Virgen del Rocio
no es obra humana,
que bajó de los cielos
una mañana.
Eso sería
para ser Reina y Madre
de Andalucía.

Fuera para eso o no, el caso es que, ciertamente, el Rocio une a una región que no tiene conciencia de tal. Une a provincias con tantos recelos mutuos como Sevilla y Huelva; a ciudades con tantas pugnas de campanario como Jerez y el Puerto. Al menos, las une durante unas horas. Cuando en la mañana del lunes los almonteños (que sólo los naturales del pueblo, como es de sobra conocido, tienen el privilegio) saquen a la Virgen en sus andas por las calles de la aldea, será la culminación del Pentecostés andaluz. La Virgen irá, casa por casa, visitando a todas las hermandades. Entonces surgirá, a la puerta de cada una, la imagen inaudita de un cura, generalmente con sotana, levantado a hombros por la multitud, que va dirigiendo el rezo de una salva popular que muy pocos recuerdan del colegio al que quizá no pudieran asistir para ir a trabajar en el campo. Dice el cura, entre los bamboleos de la Virgen, que parece que se va a caer, pero que no, que otra vez levantan los hombres sudorosos:

—Dios te salve...
Y los hombres, con la cerreazón dialectal de una lengua que no saben escribir, repiten:
—Dios te zarve...

Sigue el cura, con la paciencia sacra de la confesión de un moribundo y la exaltación civil de un mitin:

—... de misericordia...
Y los hombres, mientras pugnan por cambiarse en los mástiles de las andas, van repitiendo frase a frase:
—... de misericordia...

Vistos desde la espadaña de una casa de hermandad, parecen la brava mar pequeña de una rada del Cantábrico. Chocan, avanzan, retroceden, se alzan, se escoran. Hay almonteños que escuchan cada año la historia llorosa de la muchacha que hizo la promesa:

—Véngase usted conmigo y tentará el manto...

Y allá que, milagrosamente, se ve entrar a la muchacha en el tumulto como aquello del rayo del sol por el cristal, que la respetan todos los hom-



En «La Virgen del Rocio ya entró en Triana», novela póstuma de Alejandro Pérez Lugín, que apareció en 1929, los arenales se han olvidado, pero se insiste en la leyenda de la romería...

LEYENDA Y ARENALES DEL ROCIO

bres, que toca el manto y que sale casi desvanecida. De pronto, alguien lleva por los aires a un niño que pasa de mano en mano y que acaba por ser puesto en contacto milagroso con una parte del paso. Tocar, tocar algo. Esta es la aspiración colectiva de la mañana del lunes. Tocar un varal de plata, un friso repujado, la saya de la Blanca Paloma en el mejor de los casos. Pero la Blanca Paloma —así dicha por alusión al Espíritu Santo de Pentecostés— tiene en los almonteños que la llevan una guardia de corps de músculo y sudor, ataviada con oscuras camisas de trabajo de fuerte tela que se hace jirones en la piadosa pelea y que de un año para otro se guardan para la ocasión en alcanforadas cómodas familiares.

Cuando la Virgen ha pasado ante la puerta de su casa, cada hermandad hace el petate y la media manta, y se pone en camino para volver al pueblo. La fiesta ha terminado. Sólo falta que en Sevilla vean a caballo a los que más destacadamente han participado en ella. Que por descontento —piensan ellos— no son precisamente los almonteños.

De las sevillanas a los «long-play»

Quien vea los colores verde y blanco en las cintas con la medalla de la Virgen que llevan los rocieros de Triana, quizá puede pensar en un simbolismo regionalista, en la bandera elegida en Ronda por la Asamblea Andalucista de 1918, con aquel himno sentimental:

La bandera blanca y verde
vuelve tras siglos de guerra
a decir paz y esperanza
bajo el sol de nuestra tierra...

Pero no tiene nada que ver. Aunque en el Rocio estén andaluces de toda la región, el blanco y el verde no vienen por eso, ni por el Real Betis Balompié. Vienen por los colores que —según la leyenda popular— vestía la Virgen cuando se apareció. Hay, en cambio, colores de gran significación política. Por ejemplo, el morado de Jerez, ya que cada hermandad tiene el suyo, aunque en muchas predomina el rojo. Naturalmente que es el rojo litúrgico de Pentecostés y no otro.

La hermandad de Jerez fue fundada en 1932 y en la bodega de los Reyes, de la casa González Byasa. Elió como color distintivo el morado, precisamente por ser el tercero en la bandera republicana. El lugar de la fundación y los apellidos de quienes la erigieron hacen descartar cualquier simpatía hacia la Segunda República Española. Un experto en el Rocio me decía, comentando este color:

—Sí, lo hicieron adrede. Como el color morado era el de la bandera de la República y el litúrgico de la Cuaresma, lo eligieron para significar la penitencia que llevaban con aquel Régimen.

Pero no han hecho política con la romería los rocieros. Se cuenta en Almonte que en los días de la Segunda República fue llevada la Virgen de la aldea al pueblo en una de las celebraciones anuales, bajo una gran tormenta. Un periodista preguntó a un almonteño:

—Y usted, ¿de qué partido es?
—Yo —dicen que respondió el hombre—, de la que viene por el fango...

Sin embargo, se ha intentado hacer política con los rocieros. Muchas personas —quedan dichos varios ejemplos— han intentado o logrado entrar a formar parte de las juntas de gobierno de las hermandades para ejercer una cierta influencia pública desde ellas.

Si con alguna institución política está ligado el Rocio es con la monarquía. Cada hermandad tiene a gala contar entre sus hermanos a algún infante, llevar el de real entre sus títulos canónicos. Siempre que han acudido a la romería, las personas de la familia real se han mezclado con el pueblo, han vestido sus mismos trajes típicos y han tratado de pasar inadvertidas, lo que no siempre han logrado, dado el interés de muchos por figurar donde sea. No han sido como los infantes algunos personajes de la situación. Todavía se recuerda a un gobernador civil de Sevilla que tuvo que mandarse hacer de prisa y corriendo un traje corto y unos zahones, en el primer año de su mandato, cuando se enteró que estaba mal visto ir al Rocio de «chaqué» y con medallas, como a las procesiones de Semana Santa.

En los modos, la feria de Sevilla ha ejercido una gran influencia sobre el Rocio, al igual que el Rocio sobre la feria, en la que ha acabado completamente con las antiguas sevillanas corraleras para imponer exclusivamente las privativas de la romería. Dentro del folklore musical de la romería, lo único que ha permanecido inalterable han sido los toques de los tamboriles, su pugna por interpretar con la mayor fidelidad la marcha real cuando los llevan a una Misa en el santuario. La antigua concepción métrica de la seguidilla sevillana (coplas de pie quebrado, de siete y cinco sílabas) ha dado paso a la monotonía de la sevillana rociera, formalmente idéntica en la métrica al fandango huelvano, cinco versos de ocho sílabas. En las letras, los intérpretes han encontrado un universo de autocomplacencias, a la medida del modo de ser rociero. Porque ser rociero, aparte de acudir cada año a rendir culto

a la Virgen en la romería, implica una concepción de la sociedad, una idea del mundo, de la lucha por la vida; implica una mitología de flora (lirio peregrino, amapola, azucena), de fauna (yegua, bueyes, paloma), de geografía (Ajóli, Ouema, los lugares del camino o de la aldea), etcétera. Con estos fáciles elementos, los letrados simplemente repiten los esquemas sociales y estéticos ya puestos en circulación, muy afeminadamente por cierto, con la única mira de halagar lo más posible a los que escuchan y pagan, bien sea el contrato por los días del camino y la romería (unas veinte mil pesetas a un conjunto principiante, hasta cien mil a los consagrados), o bien la compra de un «long-play» en unos grandes almacenes o en la lista de éxitos de una emisora andaluza.

Fueron unos cantores del pueblo, los hermanos Toronjo, los que comenzaron esta fácil cuesta abajo de la adulteración comercial del folklore musical del Rocio y en la complacencia a los señores y al pueblo, con letras que aún no hablaban de Virgencita del Rocio, quéreme, sino de viriles y garganteados temas de amor y muerte. Luego vinieron, con la aureola de la hermandad de Triana, los hermanos Reyes, que codificaron las autocomplacencias con letras de carretas por los pinares, flores que hablan entre sí de lo bonita que es la Virgen del Rocio, amores imposibles de señoras casadas con antiguos novios, fervor rociero de los obispos andaluces en el Concilio Vaticano II y otras lindezas. A partir de Los Reyes, fomentada la cantera por señores letrados como los Peraíta o Pareja Obregón, raro es el año en que no salen ciento sesenta y siete o ciento sesenta y ocho conjuntos de sevillanas rocieras: Los del Ouema, Los Romeros de la Puebla, Los Flamencos de la Puebla, Los Amigos de Ginés, Los Marismenios, Los Duen-des, Los Giraldillos, Los Maravillas, Los Panaderos, Los de Doñana, etcétera.

El Rocio —en el que las gentes de la piompa encuentran siempre un «status» en el que se les respeta como a las mujeres que quieren ser, en tanto en cuanto trabajan en las casas en ocupaciones femeninas y animan con sus pallitos las fiestas— ha determinado un código religioso de los señores del campo, unas devociones en la ciudad, aparte de esta inundación de sevillanas de las marismas. Ha tenido una indudable influencia onomástica en toda Andalucía Occidental, y es de buen tono cuando se saca de pila a una niña ponerla de nombre Rocio, o titular Ciudad Sanitaria Virgen del Rocio al hospital de la Seguridad Social, al que en un principio en Sevilla se le llamó popularmente *Corea*, por la cantidad de hombres que murieron en sus obras. En la Semana Santa de Sevilla hay una cofradía con la advocación del Rocio. No hay pintor costumbrista que se precie que no haya recogido la salida de las carretas de Triana. Joaquín Turina cumplió con el tópico al hacer que la flauta imitara la música de tamboriles en su procesión del Rocio. Todo esto sin contar a la célebre Rocio, que era un ridículo «capullito florecío» en el cuplé de la preguerra.

Cada Pentecostés, la Andalucía de exportación se mira en el espejo. Y lo malo es que, por lo visto, se gusta, al contemplarse en estos tres días de arena, de sol, de cante, de simpecados, de medallas, de velas, de exvotos, de borracheras, de comuniones, de salves, de noviazgos, de carretas, de sombreros de ala ancha con una estampa de la Blanca Paloma luciendo asomada a la ancha cinta negra. ■ A. B.